

UN HOSPITAL ÚNICO AGONIZA

El único y magnífico hospital antiguo que nos queda como tal en Aragón se cae, lo que a nuestro juicio sería una tragedia patrimonial casi equivalente a la demolición evitable de la antigua Universidad de la Magdalena de Zaragoza. Las ayudas económicas de la Diputación Provincial de Zaragoza para apuntalar con andamios su estructura supusieron, no cabe duda, un balón de oxígeno, pero como el tiempo pasa y pasa ha llegado el momento en que cualquier trueno grueso de una tormenta primaveral tire por los suelos una joya patrimonial única, afirmación escrita sin restricción alguna.



Foto: Pablo Rubio.

Conviene pues que en uno de nuestros viajes en familia por Aragón lo vayamos a ver antes de tener que hacerlo con fotos. Podríamos ir una vez más por el Ribota, pero me inclinaría más a hacerlo por el Manubles, uno de los cuatro o cinco ríos más encantadores de Aragón a nuestro juicio. Él nos llevará hasta Torrelapaja, lugar donde está nuestro edificio enfermo.

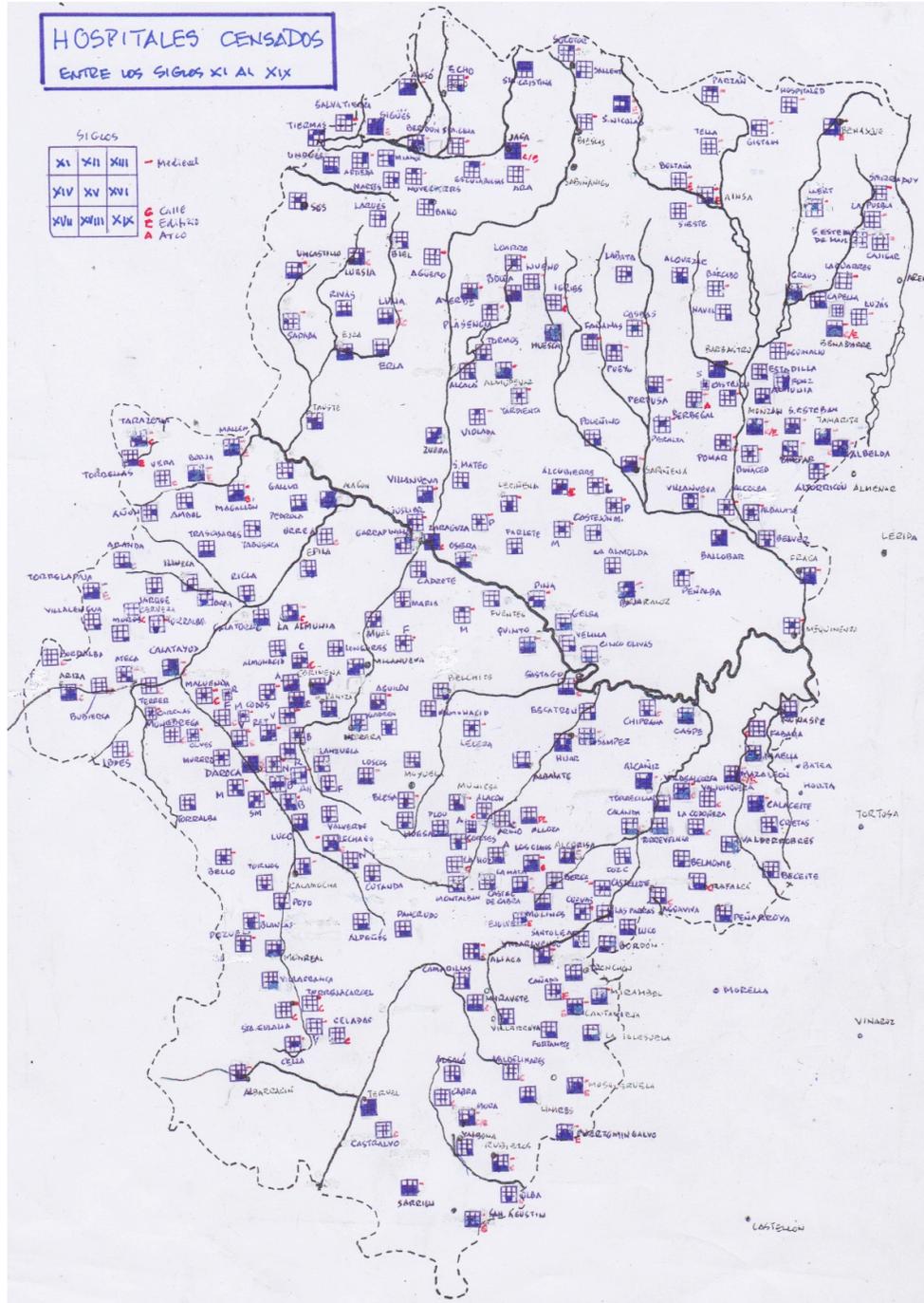
No obstante, antes de dedicarnos a visitar la llamada Casa de San Millán, que es nuestro hospital, centraremos el tema puesto que lo hemos tildado de 'único y magnífico' y eso hay que justificarlo.

HOSPITALES CENSADOS

ENTRE LOS SIGLOS XI AL XIX

SIGLOS		
XI	XII	XIII
XIV	XV	XVI
XVII	XVIII	XIX

- Medical
■ Calle
■ Edificios
■ Arco



Para cualquier ciudadano, la existencia de un hospital en su pueblo o ciudad fue vital, pero para quienes tenían que viajar era asimismo imprescindible conocer su ubicación a lo largo del trayecto pues no todas las localidades lo tenían. El de los hospitales es un tema que últimamente ha comenzado a ser estudiado en serio y nosotros mismos tuvimos que dedicarle no pocos esfuerzos para poder saber el trazado de los caminos peregrinos. En el mapa adjunto pueden verse los documentados por siglos.

El concepto de hospital de antaño no tiene nada que ver con el actual. En la Edad Media, fueron instituciones sostenidas por la Iglesia (monasterios, limosnas y parroquias), por la caridad o por un municipio y su función esencial –que deriva de la palabra latina *hospitare*– era la de albergar a vecinos, peregrinos, viajeros y vagabundos. Por eso su ubicación sirve para señalar más que ninguna otra cosa las rutas de peregrinación.

Sabemos muy poco de los hospitales existentes desde los siglos XII al XV, excepto casos muy contados; algo más de los del siglo XVI y bastante del siglo XVII en adelante, pero podríamos adelantar sin miedo a errar que la mayoría de los llamados hospitales no son tal, sino hospederías o edificios de acogida, como se ha dicho. En contados casos se habla de médicos, cirujanos y botica. Los verdaderos hospitales están camuflados como “casa de la limosna” en los principales monasterios y en las catedrales, aparte de los existentes en las grandes poblaciones.

Muy avanzado el siglo XV se deja de aprovechar para estos menesteres la simple vivienda de un piso, dos pisos a lo sumo, compartimentada en habitaciones cercanas a una cocina, y se imponen nuevos edificios de planta cuadrangular, con patio central y diversas dependencias, incluidos en ocasiones una iglesia y un cementerio. Había nacido el modelo que se adoptaría en Torrelapaja hacia 1520 para sustituir a la inicial casa de beneficencia nacida sin duda de la voluntad de San Millán –sí, el de la Cogolla– presuntamente nacido aquí y cura de la iglesia local.

No es de extrañar esta puesta al día, esta modernización con un edificio tan singular, pues Torrelapaja era la salida natural de Aragón (y a la vez entrada, claro) del que hemos denominado ‘Camino de San Millán’ que partía desde Daroca. Proporcionó la salida más corta hacia Santiago y Oviedo a viandantes, pero sobre todo a romeros hacia dos vías de más largo recorrido, el ‘Camino Complutense’ y, sobre todo, el ‘Camino de Jaime I’ del que era su salida natural. Pero además canalizó a peregrinos norteños hacia Roma y Jerusalén como se ha podido documentar con peregrinos con nombre y apellido. Muy poco estudiado desde el lado aragonés, ha sido más reivindicado desde tierras sorianas.

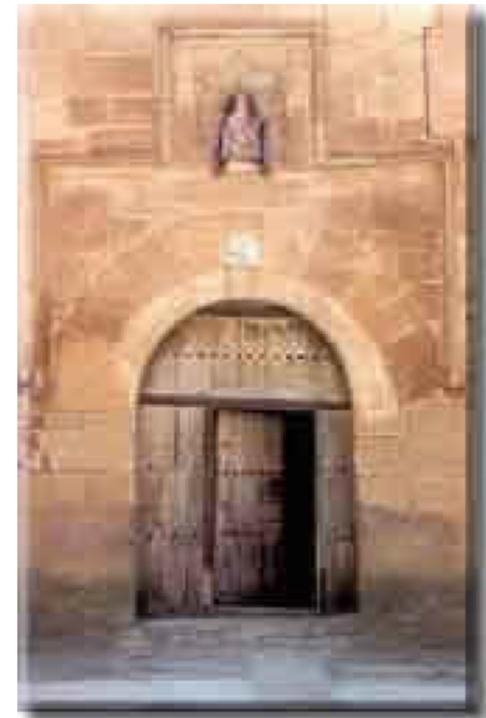


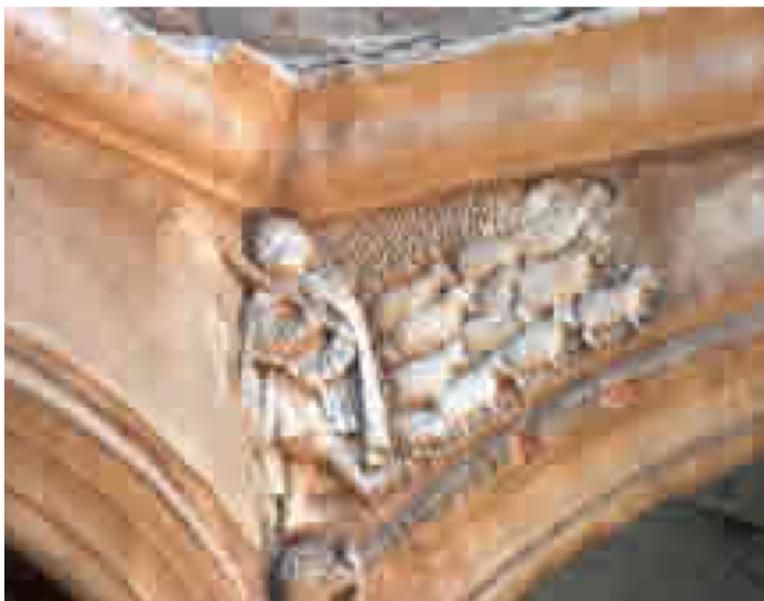
Esta joya desde el punto de vista social, asistencial, patrimonial y artístico está a punto de derrumbarse por no estar situado en ninguno de los dos caminos que han atraído más la atención oficial y las ayudas. También porque en Torrelapaja vivían en 2017 treinta y cuatro vecinos y su presupuesto debe dar lo justo para iluminar sus calles y limpiarlas. Pero sobre todo por desconocimiento e ignorancia. ¿Qué se puede esconder tras las paredes de un edificio tan rural, tan poco atractivo?

Nosotros vamos a ir a visitarlo antes de que se caiga, máxime cuando el viaje es de gran valor paisajístico y patrimonial yendo por el Manubles y regresando por el Ribota, o viceversa: veremos ruinas romanas que incluyen hasta termas y teatro; ejemplos de arquitectura y decoración mudéjares que sirven de ejemplo; retablos 'top ten' como se dice ahora; una de las dos imágenes-faro que sobreviven en Aragón, la de Nuestra Señora del Camino; corporales todavía celebrados, portadas de iglesia singulares, castillos o casas consistoriales que merecen al menos diez fotografías, pues no olvidemos que el viaje comienza y termina, o viceversa, en Calatayud o Ateca, poblaciones que bien pudieran ocupar los puestos diez y veintiocho en un hipotético ranking por el número y el valor de su variado patrimonio.

En el hospital que se nos cae o, mejor dicho, en la 'casa de beneficencia' como anuncia el rótulo escrito sobre cerámica que vemos sobre la puerta de entrada, todavía podemos distinguir sus variadas estancias aunque algunas, como la cocina, se hallan totalmente desfiguradas, pero existen fotografías para rehabilitarlas con paciencia y dinero, claro.

Se reconocen la cocina con hogar de leña, la llamada 'sala del obispo', en la que debía pernoctar cuando iba de visita; el lugar donde se acogía a los peregrinos y pobres transeúntes, la despensa, diversas habitaciones (el pajar de pobres, la cuadra, la sala de aperos con los que cultivar las tierras que permitían dar de comer a los menesterosos, etc.), las habitaciones del hospitalero con su familia y unas amplias galerías gótico-renacentistas con columnas decoradas y arcos que conforman un bello patio interior cuadrangular en el convergían todas las estancias citadas.





Casi disimulado en un rincón de la arquería, San Millán apacienta un rebaño de ovejas, uno de sus escasos bienes propios, por lo que los responsables del centro tuvieron que solicitar reiterados permisos del Ordinario para mendigar limosnas que permitieran cumplir con su tarea benéfica; no obstante, la fama adquirida por la institución llegó hasta Felipe II, que al menos en tres ocasiones fue donante generoso. También el obispo de Tarazona, el conocidísimo Pedro Cerbuna, intervino para que la Casa funcionara, e incluso hizo abrir un libro blanco –cuaderno diríamos hoy tal vez– para anotar en él los hechos milagrosos acaecidos por intercesión del santo.

La desamortización de Mendizábal acabó con su escaso patrimonio en 1862, aunque se respetó el edificio por considerarlo “Casa de Beneficencia”. Había comenzado el declive y las ovejas, aunque –en una religión tan simbólica como la católica– muy probablemente seamos nosotros, se quedaron dejadas de la mano de Dios.

Bueno, eso creíamos, pues hablando con una vecina de Torrelapaja allá por los años sesenta del pasado siglo – conversación repetida hace no más de tres años– manifestó ser la hija del último ‘hospitalero’. Vivía con su familia en la Casa de San Millán a cambio de mantener siempre dispuesta una habitación con paja seca para que los peregrinos que aún llegaban de vez en cuando y no eran pocos pudieran dormir bajo techo.

Es cierto que el Gobierno de Aragón, el 21 de octubre de 2001, aprobaba un Decreto por el que “se declara Bien de Interés Cultural, en la categoría de Monumento, la denominada Casa de San Millán, en Torrelapaja (Zaragoza)”. Pero por si se cae este edificio único el día menos pensado, nosotros vamos a ir a visitarlo si se puede entrar.